

SERIA fácil, como ha hecho cierta crítica, explicar la última película de Elia Kazán utilizando de nuevo la consabida historia de que fue él, quien en tiempos de la persecución macarthista, delató a sus compañeros comunistas, para refugiarse luego en la realización de un cine de justificación personal disfrazado de denuncia social. Fácil porque desde hace algunos años, Kazán viaja ya por otros senderos, curado de su masoquismo recalitrante, y enfocando su trabajo de manera más viva y comprometida.

«Los visitantes» puede valer para repetir el latiguillo dado que en la película se ofrece también la historia de una delación que necesita ser vengada. Pero, en este caso, la delación no es justificada moralmente, sino que sirve como partida para llamar la atención sobre la situación sociopolítica que la determina, en la que desaparece ya con su sentido de reacción individual y, por lo tanto, carente de valor histórico. No importa saber si la razón (moral) está en el delator o en los delatados, sino en entender que todos ellos son víctimas de una condición que les supera. Ser soldado en la guerra de Vietnam (o aceptar indirectamente su existencia) es entrar en el juego de la destrucción. De la autodestrucción. Y los visitantes de Kazán son ya unos seres corrompidos y desarraigados que tratan de arreglar sus pequeñas cuitas como primitivo método de supervivencia.

La visita de los delatados, que acaban de salir de la cárcel por cumplir la condena impuesta por su delito —la violación y asesinato de una chica vietnamita «amiga», es un acto de violencia, una venganza premeditada que les distraerá de su auténtico problema, la existencia de la guerra de Vietnam que a ellos ha destrozado y que ha hecho del delator un ser débil y atormentado, que se siente perseguido continuamente. Es la guerra la que los ha hecho así y es ella quien ha creado el ambiente de violencia en el que viven, la costumbre de la sangre, sintetizada inteligentemente en la gratuita matanza del perro. Vietnam no acaba cuando desaparece el uniforme sino que continúa en la vida privada de cada norteamericano marcando sus actos más cotidianos.

Los visitantes no se realizan por violar a la mujer de su amigo ni satisfacen plenamente su necesidad de venganza. Sólo proyectan en una anécdota la agresividad irracional que les corroe.

La violación de la joven vietnamita es una estupidez sin importancia comparada con un suceso tan escandaloso como la matanza de My Lai, que a su vez carece de significación junto a la monstruosa realidad de la guerra de Vietnam.

Y para explicar este sentido de lo cotidiano, Kazán no ha buscado para sus actores rostros faciosos o tremendamente puros. Sus intérpretes son simplemente la representación de esa joven y maravillosa Norteamérica que anuncia la Coca-Cola y sonríe a los extranjeros. La violencia de sus personajes es la violencia de cualquier ciudadano, haya o no combatido; sus razones son las mismas aunque no todos se den cuenta de ello.

Partiendo de un guión escrito por su hijo, Elia Kazán ha querido combatir con su película a esa gue-



LOS VISITANTES DEL RENCOR

rra, ha intentado explicar que su realidad no se limita a una geografía lejana, sino que se adentra impetuosamente en la vida normal de cada habitante de su país; ha querido simbolizar en una casa y cinco personajes, la lenta destrucción que va sufriendo el país con la oficial complacencia de una victoria. Y sus protagonistas se creen el juego; todo consiste en entender que en el mundo hay dos colores en los trajes, como en un partido de rugby, y que uno de los dos colores debe vencer. El enemigo es siempre el «otro» color, y la obligación de los soldados es defender el color que les han impuesto sin discutir nada y sin pensarlo. Como siempre. No es una cuestión actual relacionada con una guerra concreta, sino que se refiere a todas las guerras (y Kazán lo señala con el personaje del padre) porque no parte de ellas ni se limita a ellas, sino que depende de una situación más amplia y compleja.

El padre, adormecido por la publicidad del juego, odia a su yerno porque cree en su inferioridad generacional. Ahora la guerra es fácil, dice, y ya hasta os permiten hacer prisioneros... Mientras tanto, se refugia en la creación de novelas baratas, vacías y sin sentido.

La hija se alimenta de sus contradicciones, creyendo en la limpieza de su compromiso asistiendo a las manifestaciones contra la guerra. Y en un momento crucial, no sabrá definirse, sino por el sentimiento...

El ex combatiente pacifista no sabrá trabajar más que en la fabricación de helicópteros «como aquellos», olvidando lo pasado o temiéndolo sólo en su dimensión de

ataque personal. El cuidado de un hijo abstracto o la ilusión por cambiar de casa, con su sostén diario.

«Los visitantes» parten de un guión claro. De una situación inequívoca. Chris Kazán lo ha escrito con toda suerte de detalles, sin prescindir de cuantos elementos son inevitables en un tipo de películas como ésta: el televisor, la policía, la soledad, los supuestos intelectuales, las diferentes generaciones, la vida cotidiana, la comida, los problemas raciales... Todo ello conducente a la creación de una situación de violencia soterrada que estalle finalmente, lavando la problemática de sus personajes sin limpiarla.

Y Kazán, padre, ha realizado la película respetando estos esquemas del guión y añadiéndole sabiduría cinematográfica y su asombrosa capacidad para dirigir actores. (Todos ellos, menos Patrick McVey en el papel de viejo, actúan por primera vez ante una cámara.) La honradez de Kazán le ha conducido en esta ocasión a renunciar incluso a un sistema de producción caro, utilizando por su propia cuenta un mínimo presupuesto, una cámara de 16 mm. —de super 16 mm., para ser más exactos— y la casa de su hijo. Como un afán de independizarse por haber encontrado, en esta ocasión una posibilidad de expresión que a él le ha parecido, sin duda, definitiva. Una historia que le recomponga como ser militante y lúcido.

Sin embargo, en «Los visitantes» habría que reprochar a los dos Kazán su excesivo afán por definirse. En el trabajo que han realizado esto les conduce a un forzamiento de las situaciones, a una recons-

trucción dramática, preocupada por la evidencia antes que por la amplitud de su temática. El necesario estallido final, con el que contaban de antemano, les ha obligado a extenderse esquemáticamente en el planteamiento que, en muchos momentos, no se amplía sino que se prolonga simplemente. Una vez ofrecido el conflicto, los Kazán buscan sólo la manera de resolverlo en un desarrollo que se hace estático por pobreza de imágenes nuevas. Y ello, además, no impide la precipitación psicológica de la mujer para entregarse a uno de los visitantes.

PARTIA casi como favorita en el Festival de Cannes de este año.

Sin embargo, «The visitors» no recibió ningún premio. Los rumores señalaban a Joseph Losey —presidente del Jurado— como responsable máximo de esta decisión. No ha perdonado todavía, como muchos otros colegas y críticos, la actuación que tuvo Elia Kazán ante el Comité de Actividades Anti-americanas que presidía el senador McCarthy, responsable del exilio del autor de «El mensajero». De cualquier forma, tampoco «Los visitantes» había entusiasmado el día de su proyección. Si bien nadie discutía el coraje de Kazán de ponerse a rodar en formato super 16 mm. y con un presupuesto de 135.000 dólares (mientras que «El compromiso» había costado 6.800.000 dólares), abordando además un tema como el de las repercusiones internas de la guerra de Vietnam, el resultado total de la película decepcionó en cierta manera. Se exige mucho de los cineastas consagrados, y en la edición anterior, tanto Visconti como Losey habían respondido con creces. Daba la impresión de que el autor de «Esplendor en la yerba», no tanto. Por eso, la sala de conferencias de prensa del Palacio del Festival mostraba más animación que nunca. Por eso y sin ningún orden lógico, tal como suele ser habitual en este tipo de actos, las preguntas (1) no tardaron en llegar:

—Si usted pudiera situarse como simple espectador, ¿qué creería que es lo más importante de cuanto el film muestra?

ELIA KAZÁN.—Creo que el film muestra, sobre todo, el precio enorme que los Estados Unidos han pagado —y están pagando— a causa de la guerra de Vietnam, la influencia de esta guerra sobre la vida americana. Muestra también que si usted enseña a la gente la brutalidad en el extranjero, cuando esa gente vuelva a su país va a seguir actuando con la misma brutalidad. «The visitors» inquieta a muchos espectadores. La noche del estreno en Nueva York fue tan aplaudida como silbada, una zona del público reaccionó indignada.

•Por otra parte, pienso que ninguno de mis films puede reducirse a un simple «mensaje» o a una simple idea; ese enfoque los disminuye. A toda obra de expresión se la puede tomar de varias maneras. Aunque sí es cierto que he hecho esta película con el convencimiento de que no se sabe aún en Estados Unidos cuánto va a costar al país la guerra vietnamita. El odio que esta lucha ha instalado en la gente

(1) Para apoyar algunos puntos de la conferencia de prensa, hemos acudido a la entrevista que Michel Ciment hizo a Elia Kazán en «Positif», número 138.

**«'Los visitantes'» muestra, ante todo,
el precio enorme que los Estados Unidos han pagado —y están pagando—
a causa de la guerra de Vietnam». (Elia Kazan.)**

Aunque, en definitiva, esto no sea un obstáculo a las intenciones de los autores de la película, en la medida en que es nuevo truco para reproducir literalmente la vieja historia de la vietnamita ultrajada y asesinada. Para reconstruir la violencia del campo de batalla en el hogar americano de la lavadora, la chimenea y el tocadiscos. Para conducir la anécdota por los caminos del «nunca pasa nada» cotidiano y señalar así, con toda obviedad sus intenciones.

Pero éstas no alcanzan a analizar con toda la amplitud necesaria la problemática de los cinco hombres

encerrados. Son víctimas de la guerra, pero, ¿por qué se produce ésta? ¿Es suficiente la explicación esquemática que el padre hace en un momento hablando de la diferencia de colores y justificando Vietnam como fiel de una balanza internacional? ¿Explica algo más Kazan que la continuación de la violencia introducida inevitablemente en el carácter de un pueblo engañado? ¿Alcanza su simbolismo de My Lai y similares el carácter de engaños, de atracción del interés popular hacia cuestiones, en definitiva menores, ya que consecuencias de la guerra que las acoje? El niño,

ser pasivo, «al que se alimenta para transformarlo en un magnífico jugador de rugby», léase soldado para Vietnam o guerra que encarte, ¿supone un fatalismo depresivo en Kazan que no cree en la posibilidad de un cambio de la eterna situación?

Sin embargo, en un cine aún triunfalista y publicitario, «Los visitantes» supone una ruptura honrada y digna de destacarse, aun cuando resulte, en ocasiones, discutible e insuficiente.

Los Kazan, que en su dramatismo a puerta cerrada encuentran los mejores aciertos de la película, cierran también la historia de la vio-

lencia de la información exhaustiva, respetando demasiado el buen gusto que, como siempre, es innecesario por incierto.

Hay que reconocer que la versión española de «Los visitantes» ayuda a eliminar la violencia que la película podía adquirir, suprimiendo planos, algunos de los cuales (como los de la escena de la violación —que no rozaban jamás el más insinuado desnudo—) exasperaba la película a un grado mayor aumentando la fuerza de su situación aunque sin variar su sutileza, escasa por esquematismo y excesiva por omisión. ■ DIEGO GALAN.



RUEDA DE PRENSA CON ELIA KAZAN

LOS BUENOS CHICOS DE MY LAI

es algo que todavía no se ha sentido en profundidad, completamente.

—En un determinado momento de «Los visitantes» hay un personaje que dice: «No se pueden cambiar las reglas del juego desde dentro del juego»...

E. K.—Sí, claro, como no se pueda entrenar a los jóvenes a resolver las cosas por la violencia para luego, de repente, decirles: no, no es así como se solucionan los problemas. Es que yo se puede empezar una cosa y luego dejarla a la mitad, sin resolver. Quizá a frase que usted me cita sea excesivamente simple, como muchas otras cosas en el film. Aunque más que simpleza, yo lo que diría es que no existe una justificación precisa de cuanto se habla o se ve. Esto ya entra dentro del estilo de mi hijo Chris —que es quien ha escrito el guión—, un estilo muy elíptico... Por ejemplo, el último diálogo («¿Va todo bien?») tiene muchas significaciones posibles...

—¿Su hijo ha hecho la guerra en Vietnam?

E. K.—No, todos mis hijos son objetos de conciencia.

—¿Cómo ha trabajado usted con él?

¿No se sentía mediatizado por su influencia como cineasta y como padre?

E. K.—No, al contrario, Chris me ha ayudado mucho. Ya saben ustedes que yo tengo tendencia a «pasarme», a redondear excesivamente las cosas. Pues bien, él me ha moderado; como yo a veces quería explicarlo todo demasiado claramente, me ha dicho que estaba bien como estaba. Es el primer film que ha escrito y estoy muy satisfecho de su trabajo como guionista. También como productor, en colaboración con Nick Proferos, un americano de origen griego —como yo mismo— que ha sido simultáneamente operador, montador y productor. Los dos primeros trabajos ya los desempeñó en «Wanda», el film de Barbara Leden, mi mujer, también rodado en dieciséis milímetros y con un equipo mínimo. El nuestro, en este caso, ha sido de tres personas, además de Proferos.

—¿No tiene usted la impresión de haber hecho una película reaccionaria?

E. K.—No, no la tengo.

—¿No cree que, en último término, su película justifica la política de Ni-

xon, las masacres que sufre el pueblo vietnamita?...

E. K.—Nada, absolutamente nada hay en «Los visitantes» que justifique lo que pasa en Vietnam.

—¿Cuál es, entonces, su postura concreta cara a esta guerra? ¿Ha adoptado usted una posición pacifista públicamente?

E. K.—Mi postura es la que se desprende de la película que han visto hace un rato, de las palabras que acabo de decir y de la lectura de mi novela «Los asesinos» (2). Si es usted medianamente listo, deducirá en seguida cuál es el partido que he tomado cara al conflicto de Vietnam.

—Encuentro bastantes similitudes entre «Los visitantes» y «Perros de paja», de Sam Peckinpah...

E. K.—Tengo a Peckinpah por un hombre lleno de talento, pero hay algo en «Perros de paja» que no me gusta: que todas las violencias sean cometidas por personas con caras de malo... Mientras que la gran revelación de My Lai es que quienes perpetraron las atrocidades eran tipos absolutamente normales, simpáticos, amables...

«No hay duda de que Calley y Medina y todos los demás que cometieron aquellas acciones bestiales en My Lai fueron transformados en animales. La guerra transforma a los hombres en animales. Pero contentarse con llamarlos monstruos es eludir el problema. Desde que uno puede señalar con el dedo diciendo: «Ese tipo es un desgraciado», ya puede guardar distancias respecto a la cuestión y pensar: «Bueno, se trata de esos malos muchachos, de esos desequilibrados, no de mí». Hemos tratado de describir a los dos personajes de «Los visitantes» de una manera que no deja escapatoria al público. Es mi teoría de que no haya salida; Usted no puede escapar al hecho de que es usted, de que esos chicos son sus hijos, que piensan y sienten como lo hacen sus propios hijos. Entonces, el film se convierte en un callejón sin salida, porque no se puede escapar de él.

«Todo el problema respecto a la bestialidad en la segunda guerra es que son las personas más adorables las que se vuelven culpables. ¡Ah, sí, bueno, no pasa nada, resulta divertido, aceptable, cuando se trata de otro! De alguien de otro país, de otra época, en el pasado o en el futuro. Pero cuando se trata del espectador, de su época, de su país, de sus tradiciones, de su carne y de su sangre, cuando se le habla de lo que está pasando en su propia casa (como en «El compromiso», «Los asesinos» o «Los visitantes»), entonces,

(2) La traducción de «Los asesinos» acaba de aparecer en las librerías españolas.

¡vive Dios!, eso hace daño, hiere, suscita resentimiento.

Lo que sucedió en My Lai no es destacable, porque lo hayan hecho seres humanos —¿quién podría superar en brutalidad a los nazis o al Ejército del Pakistán Oriental?—, ni siquiera porque hayan intervenido jóvenes americanos —después de todo, tenemos en nuestro país una tradición de violencia, sadismo y crueldad—, sino porque los autores han sido muchachos que tenían un aire tan encantador, tan familiar, como el hijo del vecino, el marido de nuestra hermana, el tipo con quien se ha visto el partido del pasado domingo, el compañero de colegio... Lo terrible es que es gente así la que interviene en My Lai.

—¿No cree que al personaje de Martha, la mujer, le falta bastante sentido común, que su comportamiento resulta más bien extraño?

E. K.—No es la primera persona que me lo dice. Pero yo no estoy de acuerdo. Primero, porque no siempre se pueden explicar con exactitud los móviles psicológicos de los seres humanos, saber lo que la gente siente realmente en un determinado momento. Sobre todo las mujeres, porque han sido obligadas a aprender un papel en la sociedad, ya sea el de esposa sacrificada o el de madre que lo da todo por sus hijos, o cualquier otro. Segundo, que en una situación conflictiva, los verdaderos móviles de las personas saltan de repente, a veces de la forma más inesperada.

—A mí me da la impresión de que lo que usted ha querido decir es que las mujeres traccionan sus ideas políticas con más facilidad que los hombres a causa del sexo...

E. K.—No, no, en absoluto. Las razones por las que Martha actúa de esa manera no son verdaderamente sexuales. Se trata más bien de una pequeña manifestación personal. Es una mujer muy dividida en su propio interior: está en plena revuelta contra su padre, pero, al mismo tiempo, ella querría también que su marido fuese un poco más como su padre. Si Martha acepta hacer el amor con uno de «los visitantes», no es porque éste la excite sexualmente más que su marido, sino porque es un acto a través del cual quizá ella rompa con muchas de las cosas con las que no está contenta en su vida. A mí me parece Martha un personaje fascinante, es el que más me interesa de la película. Precisamente a causa de esa terrible ambivalencia de que hablaba. Por último, creo que en este aspecto «Los visitantes» refleja el clima de gran hostilidad sexual en que vive la sociedad burguesa americana, hostilidad que no siempre es conocida o sentida por la propia pareja. ■ Registrado en magnetofón por FERNANDO LARA.